



Horizontes
de la Cultura

BORGES

por DIEGO MIRAN

6/1/63

Exaltado e imitado, vilipendiado y reprobado, ejemplo para unos de la única creación literaria posible y para otros del más culpable despaisamiento, muestra para aquellos de la universalidad artística y para éstos del formalismo europeizante, Borges continúa siendo, aun a despecho del desdoblamiento que él mismo se ha complacido en ahondar en una página breve y terrible, sólo y únicamente Borges. Encerrado, ahora herméticamente en su laberinto de ciclos infernales y emblemas de geométrica celestia, dentro de sus tinieblas físicas y de cara a resplandores que resumen el universo, como los del Aleph de su contraparte Carlos Argentino Daneri, acaba de seleccionar su "antología personal" (Sur S.A., Buenos Aires, 1962) con la advertencia de que al ser sus preferencias las que le han dictado la selección, aspira a que dicho conjunto de prosas y versos —previsto en "El Hacedor"— sea el que determine el juicio final acerca de sí y de su obra. Tan implacable ha resultado la tarea que cuentos magistrales como "El hombre de la esquina rosada" (quizá uno de los que llama "ejercicios de excesivo y apócrifo color local") han quedado fuera.



Pero ningún gran escritor puede ser su propio antólogo. Borges, por ejemplo, ha descubierto releyéndose la persistencia de ciertos temas, la obsesión de algunos asuntos metafísicos, y ha optado, de acuerdo a su declaración prologal, por el criterio de "simpatías y diferencias". De ahí que sean páginas de los últimos veinte años de su vida las que integren el volumen, aquellas que interpretan el misterio de la temporalidad buceándolo en los místicos orientales y anglosajones, registrándolo en la memoria y en la premonición, rescatándolo del sueño y el éxtasis.

Los poemas porteños, el Carriego, los ensayos de literatura, el rico fruto de la experimentación, etc., han sido puestos aparte. El saldo no lo favorece: quedan a la vista la hábil consumación de la cultura y del mecanismo intelectual que la emplea. Personajes y situaciones, al fin, helados, entes vacíos y lucubraciones ociosas. Y esto con la maestría estilística que muy pocos en nuestro idioma habían logrado en las últimas centurias.

Borges parece levitar en la realidad. Desde el aerostato se divisan ocasionalmente el rincón de Buenos Aires con el muro, el pozo y la tarde, o un arrabal de tangos y cuchilleros, o un bulevar cosmopolita, pero todo el trayecto en la "antología personal" se demora en el aire, sus transparencias o sus turbiedades. El juicio de Jaime García Terrés es uno de los más graves que se han pronunciado acerca del gran escritor argentino: "Si Borges pecara por agobio de la carne, tales abismos serían humanos y llevaderos. Su pecado, al contrario, es inteligencia pura; es un lejano resabio del pecado angélico. En ello estriba su cruel impostura, y también su indiscutida —pero no envidiable— grandeza". Esta grandeza es la que está en el libro al que aludimos aquí, a la cual contestar en función de la conducta borgiana proviene de confundir los planos de la realidad.

Borges está integrado con la literatura española de este tiempo y con la de nuestra América porque sus ecos se advierten casi sin excepción en los jóvenes, a veces en aquellos que precisamente abominan del escritor argentino en consideración a su inaceptable actitud ante la sociedad contemporánea. El tiempo le acordará el lugar que merece más allá del bien y del mal.

